

Ramón Rosales

CARLOS

ADOLFO

URUETA

RASGOS BIOGRAFICOS

1931 - EDITORIAL SANTAFE



Doctor CARLOS ADOLFO URUETA

Ramón Rosales

*al momento, historiador
y libual sin tacha, en cuyo
amistad me honro, doctor
Enrique Otero D'Costa.*

CARLOS

appto.

Ramón Rosales

ADOLFO

URUETA



1931 - EDITORIAL SANTAFE

Como un homenaje de simpatía al eximio liberal y hombre público que actualmente ocupa la cartera de guerra, Juan B. Castaño, Enrique Gaviria, Fabio Gartner, Alejo Solano Manotas, Antonio Morales V., Ricardo Gaviria Echeverri, Daniel Camacho y Faraón Pertuz, recogen en este pequeño folleto el hermoso y breve estudio biográfico que sobre tan eminente estadista hace el doctor Ramón Rosales.

Bogotá, agosto de 1931.

CARLOS ADOLFO URUETA

Lineamientos biográficos

Conocimos a Urueta en la última guerra. Hace treinta años. Terminada la campaña de Santander, después de Bucaramanga, Peralonso, Gramalote, Terán, Palonegro, Capitancitos, La Cuchilla del Ramo, etc., el General Uribe burló el encierro en San Vicente de Chucurí, y con un pequeño grupo de oficiales, sus ayudantes de campo, se internó en las montañas del Opón. Eramos: Germán Vélez, Paulo Emilio Obregón, Sergio Camacho, Octavio Peña Silva, Manuel José Nieto, Juan N. Prada, Jorge de la Cuadra, Carlos Reyes Patria, Samuel Pérez, el famoso negro Zuleta y yo. El mayor, de veinticinco años; el menor, de diez y seis. En balsas, que al principio arrastrábamos nosotros mismos, metidos en el agua hasta la cintura, y llevando por único equipaje nuestros vestidos deshechos y las monturas, bajamos el río Opón, que corre emboscado por entre la agresiva hostilidad de la selva. Del Opón pasamos a La Colorada, corriente profunda, que desemboca, por Barrancabermeja, en el Magdalena, y de aquí, ya en botes, tres en cada uno, des-

cendimos por la gran arterial fluvial, hasta Jesús del Río. Sesenta leguas remando bajo la furia del sol, las reverberaciones enceguecedoras del agua, el agobio del sueño y del hambre y el frecuente ocultamiento, nuestro y de las canoas, en las orillas del río, para esquivar la vigilancia del enemigo, dueño del Magdalena y de los pueblos y caseríos de sus márgenes. Fueron dos semanas de inenarrable actividad y fatiga. Pero íbamos con el héroe, más que héroe, el símbolo de la patria libertada, tal como la soñaba nuestra mocedad entusiasta.

Una vez en Bolívar, Uribe reúne tropas, combate sin tregua, en mil partes, forma ejército, puede decirse que de la nada, y vence en Corozal. Siete días y siete noches de dura refriega. "El desquite de Palonegro", exclamaba el indómito guerrero en su bella proclama de ese día. Dominado el interior del departamento, Uribe se mueve hacia Magangué. Su objetivo es el río. Antes de llegar a este puerto, tropezamos, en Juan Gordo, con un batallón enemigo. Se pelea. Se triunfa. Pero ese éxito trivial nos cuesta la vida de un compañero, el más amado, joya del estado mayor, el héroe niño, Samuel Pérez, que cae del caballo con una rodilla destrozada por una bala de grass. "No me dejo amputar la pierna", dice el valiente muchacho, y muere de gangrena.

Una columna de costefíos llega, en ese entonces, del norte del departamento, a cooperar en la toma y defensa posterior de Magangué. En ella viene la flor de la juventud de Bolívar. La comanda el general César Díaz Granados. La ju-

ventud de Barranquilla y Cartagena venía a luchar al lado del General Uribe.

El claro abierto en el estado mayor por la muerte de Samuel Pérez, había que llenarlo. El General Uribe solicita del general Granados, para ese fin, uno de sus oficiales, y éste le presenta a Carlos Adolfo Urueta. Así conocimos, el General Uribe y nosotros, al actual ministro de guerra.

Tendría diez y nueve a veinte años. Era lozano, de figura atractiva y noble, bien parecido, correcto en todo. Nos sorprendió saber que ya se había graduado, cuando nosotros, más o menos de su misma edad, apenas habíamos alcanzado, en Bogotá, al comenzar la guerra, el último año de literatura. Pronto lo comprendimos. Era un temperamento reposado, reflexivo, juicioso, trabajador. El deber inflexible. Días más tarde, Urueta era algo así como el secretario privado del general Uribe. El hombre de la voluntad más disciplinada de Colombia, había hallado en ese adolescente, suave y discreto, encontrado al azar en el torbellino de la guerra, otra voluntad de granito, como la suya.

Y siguió con nosotros las trágicas peripecias de la lucha, intrépido y sereno, cargando en la batalla con la misma bravura de oficiales tan arrojados como Arturo Carreño, Manuel José Nieto o Leandro Cuberos Niño, quien, muy joven también, llegó a Bolívar, después del descalabro de Santander, a cubrirse de gloria en aquella campaña, ágil y brillante, penosa y terrible, en la cual Uribe hizo prodigios de habilidad estratégica y realizó tales hazañas de valor,

que al través del tiempo acuden a nuestra memoria como cuadros emocionados de leyenda.

Poco a poco fue formándose un marcado contraste entre Urueta y el grupo de ayudantes de Uribe. No obstante la rígida autoridad del General, nosotros, en cuanto teníamos un momento de reposo, nos procurábamos diversiones. Bailes, holgorios, y en veces aventuras del corazón, ligeras y adorables, al modo de aquellos mosqueteros con que Dumas exalta el romanticismo caballeresco de los militares jóvenes. Y Urueta nos veía alejar, nos despedía sonriente, y se quedaba con el jefe, al pie del yunque portentoso, infatigable, abrumador. De Uribe, que cuando no recorría las líneas, despachaba postas, redactaba proclamas, organizaba los servicios administrativos del ejército, escribía manifiestos, se comunicaba con todos los revolucionarios del país, se dirigía a los jefes de Estado de otras naciones, hacía planos, estudiaba las regiones, sus costumbres, sus necesidades. Inéditas están aún la correspondencia, observaciones y memorias del General Uribe, escritas durante la guerra. Cuando nuestros futuros Mau-rois recopilen esos documentos, los junten con los de su inmensa obra civil y los interpreten de acuerdo con los acontecimientos de la época, Colombia comprenderá por qué el grande hombre conquistó un sitio de honor entre las más preclaras figuras históricas de la patria.

A pesar de la semi-inconsciencia propia de la juventud, dispersada todavía más por el relajamiento espiritual provocado por la guerra,

que afloja las disciplinas morales del hogar y de las aulas, comenzamos a vislumbrar las cualidades de Urueta, entre ellas, la que constituye su más alta demostración de talento: su dón de consejo, derivado de la serena y profunda observación de las cosas; de su rectitud moral incommovible, así ante las llamas devoradoras del averno, como de las blanduras prometedoras del paraíso; de su índole integralmente bondadosa, leal y austera; de su afición por los problemas del pensamiento, y de su fácil asimilación intelectual. Cerebro que acumula mucho, pero que no deja escapar sino lo preciso.

Los oficiales de la campaña de Santander llegaban a Bolívar con la aureola de los grandes hechos de armas cumplidos en aquel sector, escenario principal del drama tremendo, que si desgraciado en su finalidad guerrera, le dio al país una doble lección: la del ejemplo del sacrificio por la libertad y por la regeneración administrativa y política del país; y la del valor, demostrado en los mares de sangre que empurpuraron aquellas tierras hidalgas. Aureola que fulgía más por el reflejo del General Uribe, símbolo definitivo de la lucha.

Al principio, la preferencia del General Uribe por Urueta, que propiamente no la había, puesto que lo que los acercaba era su afinidad espiritual y moral, produjo cierto puntillo, que los intrépidos calaveras del combate, como Carreño, etc., quisieron plantear y resolver en los puntos de mayor peligro. La prueba no se hizo esperar; pero el denuedo de los héroes de Pe-

ralonso no superó al del joven costeño que reemplazaba, gallardamente, a Samuelito Pérez, hijo de Apolo y de Marte. Entonces, comenzamos a quererle.

Las angustias íntimas de Uribe, quizá la perspectiva de la patria en poder de un partido que al vencer recrudecería los métodos sombríos que nos habían lanzado a la guerra; la incomprensión de que fué víctima su genial clarividencia; los dardos de que era blanco, que no cesaron de clavarse en el corazón aun de su sombra, después de partido su cráneo por el acero que guló la propaganda falaz; el esfuerzo gigantesco de toda hora y de todo minuto, lo habían hecho irascible. En ocasiones llegaba a extremos de una severidad excesiva, aun con quienes, como nosotros, nos parecía poca la sangre de nuestras venas para dársela, a él, encarnación de todo nuestro idealismo democrático. Urueta, a su vera, posesionado de su confianza, fué la ponderación, la voz vigilante y cariñosa de la justicia, el defensor de nuestras locuras, el índice señalador del detalle, que tanto suelen perder de vista los hombres dominadores, con evidentes graves consecuencias. Y entonces, comenzamos a amarle.

Despedazados en Bolívar, salimos por el departamento del Magdalena a Venezuela. Ya a Uribe y a Urueta no los habría de separar sino el sepulcro. El General fué a Caracas. Luégo a Nueva York. Propuso la paz al doctor Carlos Martínez Silva, paz decorosa, sobre bases de reconstrucción nacional. Se le rechazó y volvió

al país a tentar la postrera acometida. Era su tercer periodo heroico: la campaña de San Cristóbal. El cuarto, fué su empresa magnífica al través de los Llanos para llegar a la región del Guavio, y el quinto, su campaña del Magdalena, que terminó con la capitulación de Nerlandia y con la guerra. Y siempre acompañado de Urueta.

Concluida la guerra, viene Urueta a Bogotá con el General. Trabajan juntos. Emprenden la tarea sobrehumana de organizar el liberalismo para las luchas de la paz, dentro de la ideología liberal. Era crear un partido que se lo había tragado la guerra. Era infundirle alma a un cadáver. "Le haré la guerra a la guerra y les daré a los conservadores con la paz en los hocicos", decía Uribe en el parlamento, trémulo de cólera patriótica, cuando los adversarios intentaban hacernos perder el juicio para que nos arrojásemos nuevamente a la brega y tornar ellos al gobierno de la fuerza, su única ambición, ante su incapacidad para reconstruir el país dentro de los complejos sistemas de la paz y los postulados de la tolerancia y el orden.

Y fué allí, en el medio grave de la casa del General, templo y colmena del trabajo fecundo; allí, en donde no se extinguió un solo día sin que se sembrara algún germen útil para la Patria o la eficacia de un aliento para la formación de la conciencia liberal; allí, en donde hasta los regalos del vivir social fueron sustituidos por los goces más elevados del espíritu; allí fué en donde el misterio de un azar propicio, tan semejante a los designios de Dios, hizo florecer el amor. Dul-

ce, bella, fina, casi celeste, la hija mayor del General Uribe le dio su corazón. A los vínculos espirituales y morales que ligaban a Urueta al caudillo de la democracia, había de unir el destino los de la sangre, que vino a mezclarse con la propia, herencia inmanchada de damas y caballeros, blasonados de clarísimas virtudes castellanas.

Vidas levantadas sobre pedestales de esa firmeza y bajo esa clase de influencias, poderosas y decisivas, no pueden descubrir al psicólogo, al intérprete sincero, al buceador penetrante de la personalidad humana, sino dechados de selección, fuerzas morales de encumbramiento indefinido, labor constante de superación interior, y ensanchamiento progresivo de las visiones y realizaciones del bien.

Jamás hombre alguno, como Uribe, desplegó una actividad comparable. Y con él Urueta. Puede, pues, afirmarse, a grandes rasgos, que Uribe y Urueta se complementaban. A tal maestro, tal discípulo. Nada más diverso que esos dos temperamentos, ni nada más igual que esas dos voluntades y esas dos estructuras morales. Trabajadores hasta la desesperación, y puros hasta la diafanidad. Uribe, dinámico, impetuoso, relampagueante, creador. Urueta, equilibrado, analítico, profundo, modelador. Las dos fuerzas anímicas del progreso obrando a la par: la de evolución y la de integración. Ni les desvanecía la quimera, ni les desconcertaba la realidad.

El liberalismo constitucional, reformador dentro de las normas jurídicas positivas funda-

mentales, e inspirado en la propia esencia de su doctrinarismo, fué su obra. La tenacidad en el parlamento, en el periódico, en la cátedra, en la administración pública por medio de infiltraciones lentas, fué su método. Preparar la confianza del país para el advenimiento del partido al poder, fué su apostolado. Y entonces desplegaron la bandera de *El Liberal*. La fecunda obra de Uribe, no puede desconectarse de la de Urueta.

De esta obra espléndida, culmina lo internacional. No fué a humo de pajas que el General Uribe, frente al hecho irrevocable de Panamá, tomara, en 1914, el puesto de líder en las Cámaras, para sostener la aprobación del Tratado Urrutia-Thompson. Esa actitud era la lógica continuidad de una orientación seguida al través de nuestra historia por los más claros patriotas de la República sobre acercamiento y cordialidad decorosa de relaciones con los Estados Unidos, rotas, desgraciadamente, por los imperativos del sectarismo político. De los Estados Unidos hemos tomado sus instituciones democráticas. Hasta los hemos copiado fragmentariamente mal. La federación, por ejemplo. ¡Y qué hombres aquellos! Los más cristalinos repúblicos que ha tenido el país. Los Estados Unidos han sido nuestro mercado. Nuestro café apenas existiría sin los Estados Unidos. Europa nunca será propicia para el consumo de nuestros artículos. Las zonas geográficas de influencia comercial son hechos y contra los hechos no pueden prosperar sentimentalismos ni conceptos. La vida busca sus adaptaciones, y la vida manda. Hondas ra-

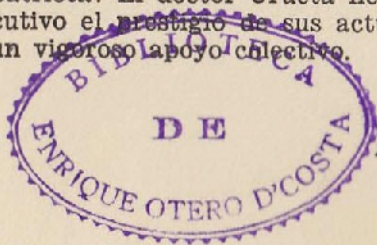
zones sociológicas y aun biológicas forman los núcleos vitales entre los pueblos. Hasta la guerra moderna es un movimiento de acomodación geográfica. Uribe lo entendió así, como era natural, y forjó en su discípulo eximio ese criterio, con el cual éste inició su gestión diplomática ante la gran nación.

Por primera vez un agente de la República produce en la Casa Blanca la plena sensación de confianza de que su política estaba de acuerdo con las exigencias de la realidad económica y política continental. Urueta comenzó a darle al país la expresión internacional que hoy tiene. El, con toda la dignidad del representante auténtico de la patria, sentó las bases, allanó obstáculos y abrió el camino para que su sucesor ilustre definiera para siempre la posición de los dos países, y se llegara a aquella mutua inteligencia, cordialidad y cooperación, que constituyen la meta del derecho internacional.

El Presidente actual de Colombia, síntesis del honor nacional, de cuyo altísimo relieve en todos los campos del espíritu se ufana el país, ha dicho de la labor de Urueta en Washington, que fué "conducida con una inteligencia, un tacto y un decoro, que hacen del conjunto de sus gestiones una de las páginas más honrosas de la historia diplomática de Colombia". Y agrega: "Algún día llegará en que el Gobierno de la República consagre un testimonio expreso y público del reconocimiento nacional para aquel eminente ciudadano, cuyos esfuerzos dieron para Colombia resultados de inmenso beneficio en su

política exterior. Esa actuación del doctor Urueta, realmente admirable, presenta los mismos caracteres de acierto y patriotismo en todos los asuntos, muy delicados y numerosos, en que él hubo de intervenir durante los años en que para bién de la Patria tuvo la representación diplomática de ella en Washington". Y a la voz autorizada del mandatario insospechable, agréganse otras, como las de esos dos faros de moralidad y excelso patriotismo que han irradiado luz de honra y prez sobre la República: los doctores Carlos E. Restrepo y Tomás O. Eastman.

Una vez más el doctor Olaya da al país una prueba de su acierto como gobernante y como patriota. El doctor Urueta lleva al gabinete ejecutivo el prestigio de sus actuaciones insignes y un vigoroso apoyo colectivo.



RAMON ROSALES